

UNIVERSITARIAS

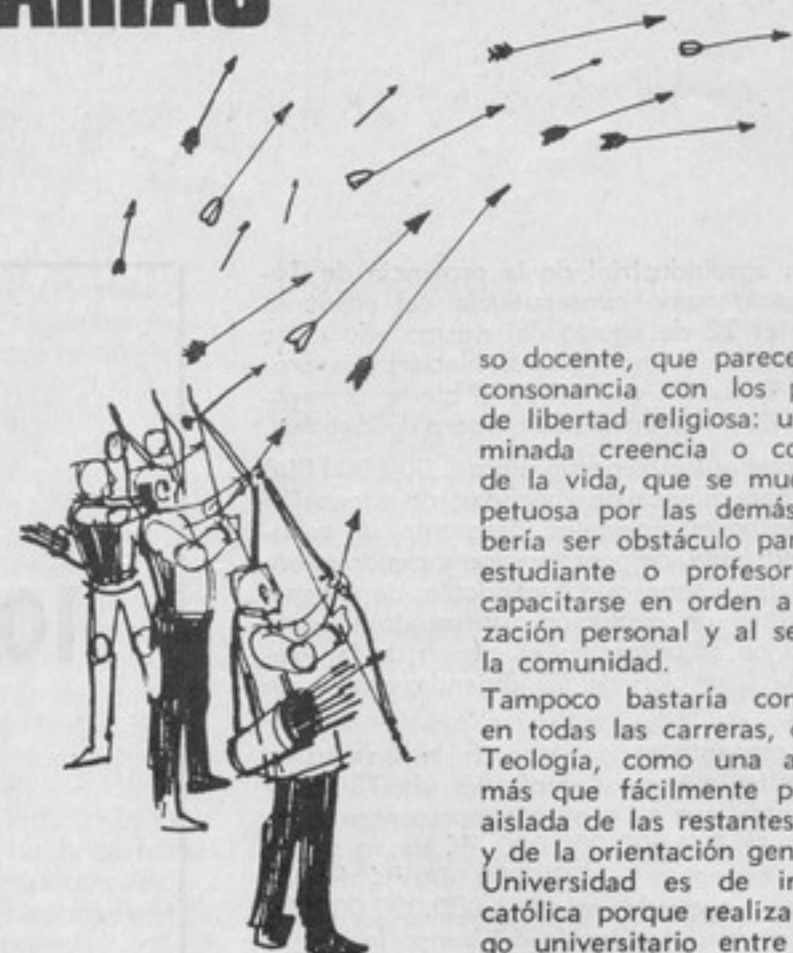
PARTICIPACION ESTUDIANTIL Y AUTONOMIA UNIVERSITARIA

EL DOCUMENTO DE BUGA Y LA DECLARACION DE REC- TORES.

En la revista *Criterio*, del 18 de julio, se publicó un documento de expertos reunidos en Buga, Colombia, convocado por el Departamento de Educación del CELAM (Comisión Episcopal Latinoamericana). Un mes después, los Rectores de las Universidades Católicas de Argentina, reunidos en Córdoba, en el Segundo Encuentro de Rectores, publicaron un comunicado en relación con dicho documento. Este comunicado objetaba fundamentalmente dos puntos: a) La participación de los estudiantes en el gobierno de la Universidad y en la elección de las autoridades a todos los niveles, y b) La autonomía universitaria respecto a la Jerarquía eclesiástica y a los Superiores religiosos.

EL DOCUMENTO DE BUGA

La extrema concisión y lacónismo del comunicado de Rectores podría hacer pensar, a primera vista, que se trata de un rechazo puro y simple del documento de expertos del Celam. Pero, en realidad, tal comunicado de los Rectores ha considerado innecesario detenerse en el análisis de los valo-



res positivos del documento de Buga, ya admitidos generalmente o estudiados en otras ocasiones. Convendría, no obstante, detenernos un momento en las nueve conclusiones finales.

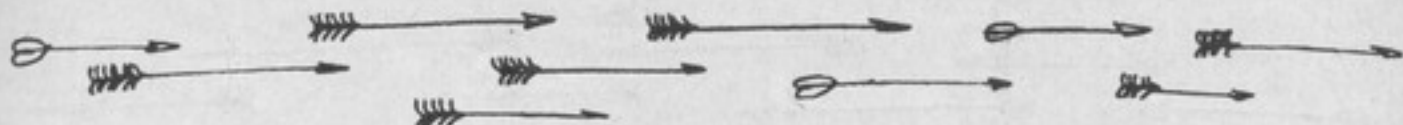
El punto primero recalca la necesidad de contar con una Facultad o Centro de **Elaboración teológica** de alto nivel, que realice el diálogo universitario entre teología y saber humano. Para que una Universidad pueda llamarse "católica" —mejor dicho, **ser** católica o de inspiración cristiana en sus líneas fundamentales—, no es suficiente una dependencia más o menos elástica de la Jerarquía. Tampoco es católica por el hecho de que sea para católicos; en la práctica, se admite el pluralismo religioso estudiantil e inclu-

so docente, que parece más en consonancia con los principios de libertad religiosa: una determinada creencia o concepción de la vida, que se muestre respetuosa por las demás, no debería ser obstáculo para que el estudiante o profesor pudiera capacitarse en orden a su realización personal y al servicio de la comunidad.

Tampoco bastaría con incluir, en todas las carreras, cursos de Teología, como una asignatura más que fácilmente permanece aislada de las restantes materias y de la orientación general. Una Universidad es de inspiración católica porque realiza el diálogo universitario entre Teología y Saber humano. Y este diálogo difícilmente podría ser llevado a fondo sin contar con una Facultad o Centro de Elaboración teológica de alto nivel.

Pero no nos engañemos. El mero hecho de contar con una Facultad más, de Teología, no significa que, automáticamente, se haya entablado y profundizado dicho diálogo. Si la creación de una Facultad de Teología no consiste más que en la anexión o incorporación de un Seminario para formación sacerdotal, poco habrá ganado la Universidad. El más beneficiado resultaría el Seminario al obtener un respaldo jurídico civil a sus estudios, lo que no deja de ser equitativo, por otro lado.

Sólo una Facultad de Teología "abierta", es decir, que admita laicos entre sus estudiantes e incluso que pueda incorporar laicos a su cuerpo docente, llenaría su papel dentro de la Uni-



versidad, preparando a los que han de realizar el diálogo con el saber humano desde una perspectiva más "encarnada" en las realidades temporales que la de los clérigos. Y notamos especialmente esta ausencia de una Facultad de Teología "abierta" en un centro cultural tan importante como Buenos Aires, donde, por otro lado y a título de estímulo, funcionan dos Facultades protestantes de Teología, "abiertas", por supuesto.

LIBERTAD DE INVESTIGACION

En el punto segundo se alude a la necesidad de contar con una mayoría de profesores de dedicación exclusiva. Bien sabemos que esto constituye un ideal, transportado al mundo de la utopía por la escasez de recursos.

No menos importante resulta la afirmación, en el mismo punto segundo, sobre la necesidad de garantizar la **debida libertad de investigación**. Podemos observar en el diálogo teología-saber humano una evolución desde formas de control riguroso hacia un mayor ámbito de libertad, sobre todo después del Concilio. Este paso no proviene de un neolaicismo; se basa en la profunda confianza del creyente en que el saber humano no podrá contradecir su fe, sino que, más aún, le abrirá nuevos horizontes. Una necesidad apriorística de llegar a conclusiones acordes con los postulados de la fe cristiana no debe influir en la investigación despojándola de su rigor científico. Si el antropólogo, por ej., encuentra cada vez mayores indicios que lo aproximan a una hipótesis poligenista o polifiletista del origen del hombre, no debe desvirtuar tales indicios, sino proponerlos honestamente al teólogo para que éste reexamine el problema y se pregunte si no sería posi-

ble conciliar la hipótesis poligenista con el dogma del pecado original heredado de una primera pareja humana. Universidad "católica", por tanto, no equivale a una institución donde la investigación se desarrolla con mayor facilidad y tranquilidad —por el conocimiento religioso de una serie de metas científicas— sino, más bien, donde se exige un mayor esfuerzo de diálogo. Teología y saber humano se interpelan mutuamente, planteándose problemas, abriéndose horizontes, para aproximarse juntas a soluciones más acordes con el sentido y la realidad de todo el hombre.

En el punto tercero se recalca la necesidad de tener en cuenta **las exigencias concretas locales**. Un artículo aparecido en la revista "Análisis", del 3 de abril, pone de manifiesto la concentración de las universidades privadas del país en carreras no estratégicas para el desarrollo de la comunidad. En el supuesto, por ej., de que en el país haya un exceso de abogados, parece que sólo se justificaría la existencia de una nueva Facultad de Derecho si ofreciese una nueva orientación y nuevas posibilidades de investigación jurídica.

Pero sería injusta la simple afirmación de que las Universidades Privadas, en su mayoría Católicas, se han limitado a campos no estratégicos. Bastaría citar las Facultades de Agronomía de la Católica de Mar del Plata (en Balcarce) y de la Católica de Santa Fe (en Esperanza), las de Ingeniería en Córdoba y la U.C.A., la de Ingeniería en Petróleo de la San Juan Bosco (Patagonia), la de Ingeniería en Minas de la Católica de Salta, etc. En los puntos cuatro y cinco, que ofrecen reparos a la Declaración de Rectores, nos detendremos inmediatamente.

Las recomendaciones seis y sie-

te recalcan la sensibilidad social que debe reinar en las Universidades Católicas, procurando eficazmente el acceso de las clases menos favorecidas.

En el octavo se alude al binomio Universidad-Comunidad, que saca a la primera de su aislamiento académico para proyectarla como un servicio hacia las necesidades de la comunidad. En esta línea también se ubica la novena y última recomendación, de coordinar las actividades de las Universidades Católicas entre sí y con las demás Universidades. Podríamos preguntarnos, por ej., si existe dicha coordinación cuando en el Litoral, a una distancia no mayor de 200 kms., se encuentran ubicadas cinco Facultades de Derecho: dos en Rosario (estatal y católica), dos en Santa Fe (estatal y católica), y otra en Paraná.

LA PARTICIPACION ESTUDIANTIL

La recomendación cuarta del Documento de Buga dice: "**Revisar la estructura de poder, dando participación en el gobierno de la institución y en la elección de sus autoridades, a los profesores y estudiantes, en todos los niveles. Esta revisión ha de llevar consigo la descentralización del poder.**"

Digamos, ante todo, dos palabras sobre el valor del Documento de Buga. Publicado en "Criterio" del 13 de julio, se conjeturó en un primer momento que se trataba de un borrador, un instrumento de trabajo para una próxima reunión o de un documento aprobado sorpresivamente en un seminario poco representativo. En ese ambiente se reúnen en Córdoba casi todos los Rectores de las Universidades Católicas del país, y emiten la Declaración ya indicada.



Observamos, en primer lugar, que los Rectores no rechazan la participación de los profesores en el gobierno de la universidad. Esta participación ya ha comenzado a hacerse efectiva en nuestro país, como por ejemplo en la Católica de Santa Fe. Tampoco se ve que objetan la descentralización del poder, es decir, la superación de una estructura monolítica y vertical en la que los Profesores eran concebidos como funcionarios del Decano, y éste del Rector, de modo que se procure una auténtica comunidad universitaria con responsabilidades compartidas.

LA EXPERIENCIA ARGENTINA

Al rechazar la participación de los estudiantes, es evidente que los Rectores tienen ante sus ojos el sistema preferido en las Universidades estatales durante los últimos años que —son sus palabras— **"ha sido causa de distorsión, de perturbación política y de orientación izquierdista"**. El Documento ha sido leído en una perspectiva dolorosamente próxima. Y necesariamente tenía que ser leído desde alguna perspectiva. Como dijo "Criterio" en su Editorial del 13-VII-67, (el Documento) **"debe servir de guía para el trabajo inexcusable que a cada uno corresponde en el propio país, pues es evidente que conclusiones de semejante generalidad no se ajustan perfectamente a ninguna realidad particular"**.

La Declaración de Rectores ha rechazado, más que el Documento mismo, una interpretación que equivale a un retorno a los esquemas estatales perimidos. Aun el gobierno de Onganía, que debió librar una dura y cruenta lucha con los estudiantes para liquidar el sistema tripartito, entendió que debía asimilar el principio de la participación es-

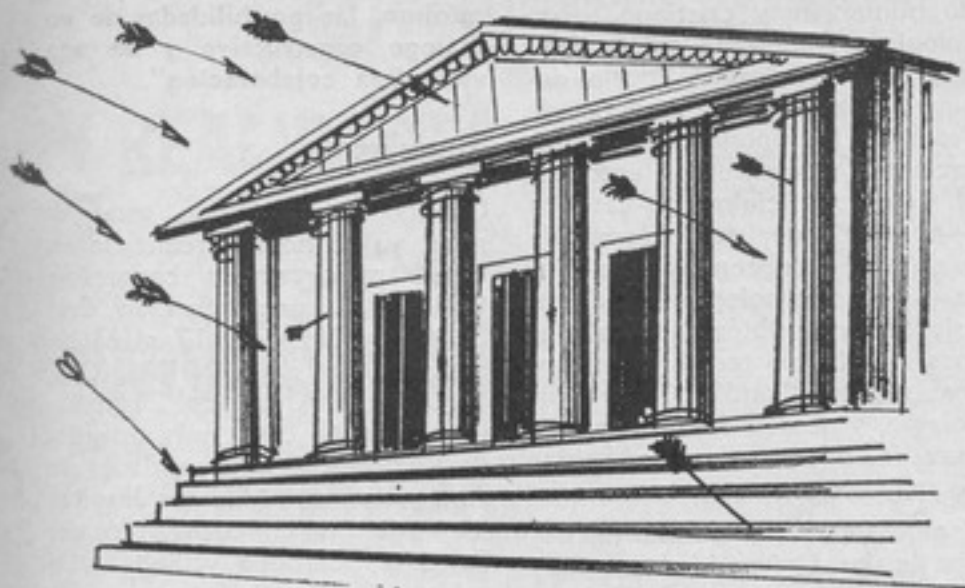
tudiantil en la nueva estructura universitaria. Así la Ley 17.245, o Ley orgánica de las universidades nacionales (25-IV-67), establece en su Art. 94: **"Los alumnos elegirán, de acuerdo a las normas que establezcan los respectivos estatutos de las universidades, un delegado estudiantil que tendrá voz en las sesiones de los Consejos Académicos de cada Facultad"**. El Art. 95 precisa que tendrán voz activa los que hubieren cursado la mitad de la carrera, y el Art. 96 que tendrán voz pasiva los que hubieren cursado 2/3 de su carrera y obtenido un promedio general bueno. En resumen, se determinan diversas condiciones para encauzar la participación estudiantil, pero la conveniencia de ésta parece quedar fuera de toda duda. Y podemos pensar que los Rectores, en su Declaración, no han pretendido ser más "anti-reformistas" que el gobierno mismo de Onganía.

LA OPINION DE ROMA

Un mes después de la Declaración de Rectores se tuvo conocimiento de que el Documento de Buga tenía un carácter más oficial del que pareció en un primer momento. Ya no se trataba de un simple grupo de expertos. La Presidencia del CELAM lo asumía oficialmente. Pero esto de ningún modo equivalía a una imposición. En la carta de presentación se decía que se ofrece este Documento a las Conferencias Episcopales y a las Universidades Católicas de América Latina **"como sugerencias para un programa de acción"**. Se encarece **"la realización de encuentros en que autoridades, profesores, teólogos y estudiantes universitarios estudien estos mismos problemas utilizando como base los documentos de Buga"**.

Roma no había permanecido ajena a esta iniciativa típicamente latinoamericana. El seminario de Buga contó con la presencia de Mons. Charles Moeller, Subsecretario de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. Posteriormente, la Congregación de Seminarios y Universidades, en carta firmada por sus tres máximas autoridades, hace saber, al Presidente del Departamento de Educación del CELAM, **"que nuestro juicio es altamente positivo"**. Se ofrecen, en los primeros cuatro puntos, **"una clara y brillante síntesis del pensamiento católico sobre el tema, y en el último (con las nueve recomendaciones finales) indicaciones prácticas verdaderamente sustanciosas y, Dios quiera, de una general y próxima aplicación"**.

Pero la carta iba acompañada de un **"Anexo"** en que se hacían ciertas observaciones, sobre todo a las nueve recomendaciones. No faltaron, de este modo, quienes sostuvieran que la participación de profesores y estudiantes había sido objetada por la Santa Sede. Quien lea, sin embargo, serenamente la "Observación" correspondiente, de unas pocas líneas, no se atreverá a hablar de un rechazo. Es cierto que tampoco descubrimos un entusiasta espaldarazo, como respecto de otros puntos. La Congregación de Universidades usa, más bien, un lenguaje cauteloso, en un párrafo un tanto complicado. Indica: a) Que la concesión del derecho de participar en el poder debe subordinarse a determinadas **"condiciones"**. b) Que la recomendación conlleva un **profundo estudio** de dichas "condiciones". c) Que la participación debe darse en **aquella medida que sea adecuada** para garantizar, mediante el aporte personal de las partes mismas, la mejor marcha de la Universidad.



d) Que no es fácil llegar a la precisa concretización de esta medida.

MODOS DE PARTICIPACION

El Documento de Buga tuvo una inmediata repercusión en los sucesos de Chile. El Card. Silva Henríquez, designado por la Santa Sede mediador en el conflicto que afectaba a la **Universidad Católica de Santiago**, declaró que su resolución arbitral se inspiraba en dicho Documento. Determinó que en el Claustro Pleno, que elegirá al nuevo Rector, los estudiantes tengan una representación del 20 %.

Pero no se piense que ése es el único modo de llevar a la práctica el principio de la participación estudiantil. El Rector de la Universidad del **Salvador**, Rdo. Ismael Quiles S. I. —quien no pudo estar presente en el Encuentro de Rectores en Córdoba por asistir a un Congreso de Orientalistas en U.S.A.— recalca con énfasis que debemos buscar nuevos esquemas y no quedar atrapados en los tradicionales. Como nueva experiencia, ha creado el **Consejo Superior Estudiantil**, presidido por el mismo Rector e integrado por los representantes de los Centros de Cada Facultad, estructura que deberá proyectarse, posteriormente, a las distintas Facultades.

En otras partes se intentan otras experiencias. En la **Universidad Católica de Lima**, por ejemplo, un Delegado estudiantil, al menos, forma parte del Consejo Superior, con voz pero sin voto. De cualquier modo, el axioma de que "el alumno sólo tiene que estudiar", ha sido rebasado enteramente aún por los de tendencia más moderada. El principio de la participación estudiantil en el quehacer universitario se afirma cada vez más. Pero todo esto no debe hacernos olvidar que la vida universitaria no se reduce al esquema "autoridades-profesores-alumnos". En torno a la Universidad gira todo un mundo: administración, gestión económica, relaciones públicas, servicios especializados prestados a la comunidad, como sería un hospital, relaciones con la Iglesia e instituciones religiosas, colaboración con los gremios cuya acción de promoción cultural solemos ignorar para quedarnos con la imagen parcializada de las huelgas, relaciones de la Universidad con los niveles previos de la enseñanza primaria y secundaria, etc.

LA AUTONOMIA UNIVERSITARIA

La Recomendación 5ª del Documento de Buga decía: "**Es necesario defender celosamente la autonomía de la comunidad uni-**

versitaria frente a presiones estatales, a grupos políticos, empresariales y a fundaciones. Esta autonomía, sobre todo en el aspecto académico, ha de mantenerse también en las relaciones de la Universidad con la Jerarquía eclesiástica y los Superiores religiosos". Y la Declaración de Rectores encontraba reparos en el "establecer con énfasis la autonomía de las universidades (se entiende: católicas) respecto de la jerarquía y aún de los superiores religiosos".

Observamos, en primer lugar, que la Declaración de Rectores no se opone —ni podría oponerse— a la autonomía frente a grupos políticos, empresariales, etc. Tampoco parece que objete una cierta autonomía en relación con la jerarquía, en cuanto que la Universidad Católica tiene sus objetivos propios y no está al servicio apostólico de la Jerarquía (bien entendido) como, por ej., la Acción Católica. Lo que objeta es el "**establecer con énfasis**" la autonomía frente a la Jerarquía. Pero si observamos bien, veremos que el Documento pone el énfasis ("**defender celosamente**") en la autonomía frente a presiones estatales, políticas, etc. Después de un punto se añade lo de la autonomía en relación a la jerarquía, y en este párrafo no se pone tanto énfasis como en el anterior. Estas observaciones podrán parecer un tanto rebuscadas, pero, por no tenerlas en cuenta, se le hace decir al Documento de Buga lo que no pretende decir. Así alguien ha interpretado el párrafo en esta forma: "**La Universidad católica tiene que ser de tal manera autónoma que hasta tiene que prescindir del magisterio de la Iglesia**" (publicadas en "El Litoral" de Santa Fe, el 20-VIII-1967).

AUTONOMIA ACADEMICA

Como puede observarse, la recomendación dice que la autonomía respecto de la Jerarquía debe darse "**sobre todo en el aspecto académico**". En ese sentido lo resume la Carta de la

Congregación de Universidades, acotando: **"Es este un punto de palpitante actualidad, sobre todo en lo que se refiere al aspecto académico. No cabe duda ninguna que tal autonomía debe ser afirmada y salvaguardada"**.

La autonomía académica se basa en que: a) La Universidad Católica es un servicio prestado a la comunidad integral y no solamente al sector católico. b) La Universidad católica no es directamente una obra apostólica. Su fin propio es la docencia, investigación y servicio de la comunidad. c) La Universidad, en sí misma, se ubica en el orden de las realidades temporales. Los laicos católicos —que pueden depender directamente de la Jerarquía en las actividades apostólicas oficiales— gozan de autonomía y responsabilidad personal en la acción temporal: política, económica, gremial, científica, docente, etc. El laico, inspirado en su fe, da un sentido personal a su actividad. d) Como ya lo recalco el Vaticano I, la ciencia no puede contradecir a la fe pues ambas provienen de Dios. Nada, por tanto, puede temer la Fe de la autonomía de la Ciencia, sea en la investigación o en la docencia. e) Como se desprende del Vaticano II, la Iglesia no busca imponerse al mundo sino dialogar con él, comprenderlo y servirlo, ofreciéndole la esperanza en el Señor Jesús, el Salvador del mundo. De modo semejante, la imagen de la Iglesia no se reduce a la Jerarquía sino que abarca **efectivamente** a toda la comunidad de los creyentes, que asumen sus responsabilidades en su esfera específica.

UNIVERSIDAD "CATOLICA"

La expresión misma de **"Universidad Católica"** no deja de ser un tanto ambigua. Comparemos la universidad con los colegios. ¿Existe realmente mucha diferencia entre un colegio estatal, en el que su personal docente y administrativo, integrado por creyentes auténticos y consecuentes, estén realizando una la-

bor pedagógica sería con sentido humanista y cristiano, y un colegio oficialmente católico regido por religiosos? Podría decirse, quizás, que el carácter de "estatal" le impone ciertas limitaciones. Comparemos entonces al Colegio oficialmente católico —por depender de la Jerarquía o de una Congregación religiosa— con otro colegio privado de orientación también católica. Vemos así que existen diversas formas de ser "católico" para un colegio, y de acuerdo a esas formas iniciales podremos hablar de mayor o menor autonomía.

Y algo semejante podríamos decir de las Universidades católicas. Es evidente que la Universidad Católica oficial de la Jerarquía (U.C.A.) deba depender de la Jerarquía porque... es la oficial de la Jerarquía. Pero allí no se agotan las posibilidades de ser de una Universidad católica, como tampoco las de un Colegio. Atendiendo a esta forma más estricta de U. C., dice el Anexo ya citado de la Santa Sede, que se debe **"asegurar a la autoridad eclesiástica la efectiva dirección de la Universidad Católica"**, si se quiere (añadiríamos nosotros) conservar a esa Universidad directamente dependiente de la Jerarquía. Para poner un ejemplo, diríamos que la Resolución del Card. Silva Henríquez ha pretendido conservar a la de Santiago "católica" en un sentido más general, por su inspiración y su espíritu, no tanto por la efectiva dirección de la Jerarquía. Así parece desprenderse, al menos, de la composición del Claustro Pleno que ha de elegir al nuevo Rector: 20 % de estudiantes, 75 % de profesores, y sólo un 5 % del Comité permanente del Episcopado. Y nadie pondrá en duda que esta Universidad pueda continuar llamándose católica.

Pero aún en las de más estrecha vinculación con la Jerarquía, indica el Anexo de la Santa Sede que **"se necesitará la máxima serenidad y ponderación, a fin de excluir la posibilidad de actos arbitrarios por ambas partes"** Y la dirección de la Jerarquía

no debe **"obstaculizar, en lo mínimo, las posibilidades de un diálogo constructivo y de una verdadera colaboración"**.

CONCLUSION

Cuando se publiquen estas líneas, ya se habrán realizado en Lima importantes congresos: **ODUCAL** (Organiz. de Univ. Cat. de Amér. Lat.) del 17 al 21 de octubre. Otro de la **ODUAL** (Org. de Univ. de A. L.), del 21 al 26, y finalmente otro, más privado, de Rectores de Universidades de Amér. Lat. dirigidas por **Jesuitas** (de Argentina concurrirán los del Salvador, Córdoba y Salta). La primera, sobre todo, no podrá dejar de abocarse al estudio del Documento de Buga. Esperemos que de las conclusiones resulten textos lo suficientemente matizados como para tornar innecesaria cualquier otra Declaración.

